

Consideraciones sobre el ensayo en tanto género

Diego Gil Parra

*Sólo se debe escribir
para escritores,
y sólo el que escribe
realmente lee*

Friedrich W. Nietzsche

Resumen

El ensayo y la novela surgen, de modo casi simultáneo, en y con la Modernidad. Su desarrollo ulterior, sin embargo, ha sido muy distinto: mientras que hace varias décadas se viene discutiendo con insistencia sobre la probable “muerte” de la novela, parece que el ensayo se enseñorea y se populariza cada vez más. En el presente trabajo, sin dejar de reconocer las innegables virtudes del género “inventado” por Montaigne, se le plantean algunas objeciones, a partir sobre todo del hecho de que su validación cultural se haya dado en buena medida a costa de la desacreditación injusta de otra modalidad expresiva, más rigurosa: el tratado filosófico y científico.

Abstract

The essay and the novel arise, almost simultaneously, in and with Modernism. Its subsequent development, however, has been very different for several decades an insistent discussion has ensued about the probable “death” of the novel; it seems that the essay has become increasingly dominant and popular. This paper, without ignoring the undeniable virtues of the genre “invented” by Montaigne, outlines some objections arising especially from the fact that their cultural validation has taken place to a great extent by discrediting other more rigorous modes of expression: the philosophical and scientific treatises.

Resumo

O ensaio e o romance surgem de modo quase simultâneo, dentro e com a Modernidade. Seu desenvolvimento posterior, entretanto, foi muito diferente: enquanto há várias décadas se vem discutindo com insistência sobre a provável “morte” do romance, parece que o ensaio toma força e se populariza cada vez mais. No presente trabalho, sem deixar de reconhecer as inegáveis virtudes do gênero “inventado” por Montaigne, fazemos algumas objeções, a partir sobretudo do fato de que a sua validade cultural foi feita em grande medida a custa da desacreditação injusta de outra modalidade expressiva mais rigorosa: o tratado filosófico e científico.

Palabras clave

Género ensayístico
Ensayo vs. Tratado
Actualidad del ensayo

Keywords

Essay genre
Essay vs. Treatise
The essay today

Palavras chave

Gênero ensaístico
Ensaio vs. Tratado
Atualidade do Ensaio

El ensayo surge casi a la par con la novela hacia el final de ese fervor cultural que conocemos como Renacimiento. La época que siguió al Renacimiento, y que se extiende hasta nosotros, ha sido designada por algunos pensadores como la Modernidad, a la cual la distinguen varios hechos: el ascenso del capitalismo y de la ideología burguesa que le es correlativa; la proliferación de regímenes democráticos que van sustituyendo a los monárquicos junto con sus esquemas feudales de concepción del mundo; la asunción y promoción de los ideales de la Revolución Francesa; la lenta pero firme secularización del pensamiento; la libertad de prensa; muchos otros. Es ese el contexto que ha servido de terreno fértil al entronamiento progresivo del ensayo; éste es signo y síntoma de la época Moderna, y como tal ha ayudado a consolidar sus presupuestos y a divulgarlos.

No obstante, luego de la muerte de Montaigne hubo un largo silencio, tanto sobre su obra como sobre el género que había inventado. Ese silencio es curiosamente muy parecido al que sucedió a Cervantes, el primer novelista en el sentido moderno de la palabra. Las novelas importantes luego de Cervantes fueron escritas entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX en el marco del Romanticismo, y los primeros ensayos agudos después de Montaigne tal vez fueron los de los enciclopedistas franceses, bien avanzado ya el siglo XVIII. No hemos querido decir, desde luego, que antes del Romanticismo no se hubieran escrito novelas (de hecho hubo algunas notables, como las de Goethe y la de Defoe) ni afirmamos que antes de los enciclopedistas no se hubieran redactado ensayos (ahí están los de Bacon, por ejemplo). Lo que sostenemos es que sólo a partir del Romanticismo y de la Enciclopedia estos dos géneros se consolidan y se popularizan.

Pero hay un hecho que enturbia el paralelismo. Así como la novela y la poesía vivieron una *fase clásica* y una *fase moderna*, el ensayo se ha mantenido más o menos inalterado desde su invención hasta nuestros días, y es un hecho que Montaigne, así se haya hecho ilegible para nosotros en algunos puntos, sigue siendo superior a casi todos sus continuadores.

Ahora bien, para que el ensayo llegara a convertirse en el vehículo predilecto de la transmisión social del saber tuvo que darse una lucha — no siempre honesta— con otros géneros, en especial con el tratado. El resultado de esa lucha ha sido la relegación de éste y la sobreinflación de aquél, lo cual ha traído consigo una serie de efectos en el ámbito general de la cultura. Es como si para legitimarse a sí mismo el ensayo hubiera necesitado demeritar a su rival, minimizarlo, ridiculizarlo, fustigarlo, calumniarlo. Quizá mantenga una vergüenza de fondo, una secreta consciencia de su propia precariedad, de su flaqueza, pues de otro modo sería difícil explicar ese desespero por validarse a sí mismo a costa de la desacreditación injusta de un género vecino.

Nada más ingenuo que pretender promover la actitud contraria, y continuar quedando presos del mismo círculo y de la misma injusticia. Habrá que seguir promoviendo las virtudes del ensayo, que no son pocas, y habrá que estar dispuestos a reconocer sus aportes a la cultura moderna. Sería necio desconocer esas virtudes, las cuales han sido

suficientemente divulgadas en todos los tonos y desde todas las lenguas. En principio, la historia de la literatura sería inimaginable sin nombres como Montaigne, Emerson, Voltaire, Carlyle, Chesterton, Stevenson, Wilde, Nietzsche, Spencer, Ortega y Gasset, Vasconcelos, Reyes, Borges, Cioran, Paz o Sábato. Además, es invaluable el aporte de los ensayos, de los ensayistas, en asuntos como la promoción de la libertad de pensamiento, la democratización del saber y la lucha contra los dogmatismos; el ensayo no puede concebirse en una sociedad feudal y menos en una esclavista.

Pero para que esas virtudes se mantengan, ¿era necesario recurrir a la desacreditación del tratado? De todos es conocida la multitud de calificativos mediante los cuales se denigra de los tratados: son farragosos —se dice—, pedantes, pesados, dogmáticos, solemnes, demasiado serios.

Tales acusaciones merecen al menos dos aclaraciones: primero, que no todos los tratados ameritan estos calificativos (abundan los contraejemplos), y, segundo, que esos ataques tenían más razón de ser en la época de Montaigne (en la que cundían los tratados, ciertamente pesados y dogmáticos, tanto de los teólogos cristianos como de los filósofos escolásticos) que en épocas posteriores.

El tratado merece una y más que una reivindicación. Esa reivindicación pasa hoy por una ineludible denuncia de los géneros con los que se le compara con la intención de desacreditarlo. Se ha reducido el tratado a un ingrato y fastidioso museo de letras, a un pasatiempo inútil de eruditos poco gratos y aburridos.

En su reemplazo, ya los señores Francis Bacon y Michel de Montaigne encontraron la receta, el salvavidas, la panacea: el ensayo.

En la época actual, si observamos bien, la secular hostilidad por los géneros rigurosos, en tanto contrapartida necesaria a la exaltación del ensayo, no se expresa ya como rechazo explícito a los formatos sino a su lenguaje especializado. Lo hace Fernando Savater, por ejemplo, en su *El ensayista como rebelde y como doctrinario*, y lo hace, en similares términos, Jaime Alberto Vélez en su *Límites del ensayo académico*. Se vuelve con vehemencia contra lo que llaman de muchos modos: jerga indigerible, lenguaje farragoso, dialecto de la pedantería.

No cabe duda de que los lenguajes técnicos, propios de las ciencias

fáticas y de las disciplinas humanísticas con vocación científica (sociología, lingüística, psicología, antropología, psicoanálisis...) presentan un grado alto de dificultad. Pero eso es inherente a los grados de saber que se manejan en el interior de esas disciplinas. Además, valdría la pena traer a cuento una precisión como la que hiciera Roland Barthes cuando se le interrogó alguna vez sobre el asunto de las jergas de los intelectuales. Al respecto dijo: “Me parece muy bien que existan, no sólo las jergas de los intelectuales, sino las de todos los grupos de la sociedad. Ojalá en el interior de cada lengua existieran miles de lenguajes” (Barthes, 1982: 89).

De otro lado, ¿no hay en esa repulsa por los lenguajes especializados la confesión implícita de una incapacidad que no se quiere admitir y que por el contrario se quiere hacer pasar por un reclamo, por ejemplo, de esteticidad? ¿No se da a este propósito la misma situación ilustrada en la vieja fábula de la zorra y las uvas: “Puesto que no puedo comprender estos textos de Lukacs, de Adorno o de Lévy-Strauss, entonces los declaro mal escritos, pedantes, indigestos, fastidiosos, indeseables, verdes, demasiado verdes”?

“No existen textos fáciles; lo único que hay son lectores fáciles”, sostenía Estanislao Zuleta. (1994: 56). Ni Descartes ni Leibniz ni Marx ni Derrida son ilegibles; lo que ocurre es que son escritores que plantean con sus textos una alta exigencia al lector, al generalmente cómodo y facilista lector. Un caso particular y reciente de escritura para lectores que se exigen es el de Lacan, quien *se impuso la dificultad como un propósito deliberado*, casi como una provocación. Ahí está su libro fundamental, al que en gesto ciertamente provocador, llamó, simple y llanamente, *Escritos* (*Ecrits*, en francés). Lacan hizo de su estilo lo que, según Camus, habría hecho Kafka del suyo: *una estrategia para obligar al lector a releer*. Fue consecuente con nuestro epígrafe de Nietzsche: “Sólo se debe escribir para escritores, y sólo el que escribe realmente lee”. Los textos de Lacan son densos, inimaginablemente densos, pero tienen coherencia y tienen sentido; un sentido que hay que ganarse, que hay que merecerse, pasando antes por la ardua prueba de la paciencia, de la relectura, de la cotejación, y ojalá de la propia escritura. Hay párrafos, frases o digresiones en su discurso que a primera vista (a

primera lectura) parecen inabordables, y uno sólo se entrega a ese juego de gozo y suplicio que es la interpretación porque sabe, por experiencias previas, que arrojándose y persistiendo llegará a alguna parte, y no ciertamente a cualquiera, porque Lacan es un autor de una profundidad inaudita, una profundidad sólo comparable con la muralla que es preciso remontar para poder escuchar su voz. Pero es que Lacan no hace ensayos; hace ciencia, y de la mejor. El discurso lacaniano es una fiesta del pensamiento, y después de pasar por el éxtasis de su interpretación queda uno con la sensación de que el ensayo, el fácil y ameno ensayo, tal vez no sea más que un género para los mediocres.

El hecho inobjetable es que los saberes de la ciencia sólo se pueden transmitir en *lenguajes formalizados*. Y en último extremo, en matemáticas. Pero no sólo en el ámbito de las ciencias naturales; en las humanas, o antropológicas, empieza a ocurrir lo mismo. El psicoanálisis —el de la Escuela de Lacan, precisamente— ha alcanzado ya un considerable grado de formalización, de matematización. ¿Deberemos rebelarnos contra esta tendencia, por lo demás indetenible, a favor de la santa espontaneidad y la santa legibilidad y la santa “facilidad” de los ensayos?

Algo similar ocurre con los filósofos. Las obras de Spinoza o de Kant o de Hegel no son complicadas, son complejas; no son incoherentes, son exigentes; no son inaccesibles, son arduas; no son ilegibles, son difíciles.

No puede negarse, desde luego que hay tratados insulsos, así como encontramos ensayos rigurosos.

Ahora bien, lo que hay de fondo de esta disputa secular entre el tratado y el ensayo es una querella filosófica muy antigua. Si miramos el desarrollo del pensamiento occidental, desde sus inicios hasta nuestros días, encontramos que los pensadores se han alineado siempre o bien del lado del *sujeto* o bien del lado del *objeto*. Subjetivistas u objetivistas: esa ha sido la opción hasta hoy para todos los filósofos, al menos desde Sócrates y de Platón. Los ensayistas, obviamente, reclaman para sí las banderas del subjetivismo, mientras que los tratadistas (en especial los científicos) implícitamente se definen como objetivistas.

En el interior mismo del género ensayístico, desde muy temprano se evidenciaron dos grandes tendencias: una de línea montaigniana (subjetivista, intimista, proclive a la poesía) y otra de línea baconiana

(más objetiva, más rigurosa, más “seria”). En el fondo, sin embargo, ambas líneas siguen siendo subjetivistas y en ambas se presentan mezclas.

De esa opción por el subjetivismo y de su condición híbrida (recordemos que Alfonso Reyes llamaba al ensayo “el Centauro de los géneros”) se derivan muchas consecuencias. ¿No ha sido el exceso de intimismo, unido a esa mezcla, a esa anarquía, a esa irresponsabilidad en nombre de la poesía y del librepensamiento, una clara amenaza a la marcha del pensamiento epistemológicamente decantado? Mientras el ensayo siga viendo en el tratado un enemigo, la única gran perdedora en la contienda será la cultura misma.

El ensayo ha sido responsable de muchos males. Reparemos.

Universalizó la pereza de pensar, a nombre de un propósito de todos modos encomiable: el acceso de las grandes masas al mundo del saber y a las preocupaciones de los intelectuales. Uno de los precios de la masificación de los saberes fue el facilismo, la pereza, la espontaneidad, la irresponsabilidad... Justamente aquello que los ensayistas nos ufamamos en llamar con otros nombres: informalidad, sencillez, coloquialidad, poeticidad...

También contribuyó el ensayo a que se extendiera la propensión hacia el confort y el inmediatismo; de alguna manera el ensayo es un género desechable, una mercancía fungible que se consume y se arroja luego al cesto de la basura, es decir, del olvido.

Los ensayistas, en fin, nos han enseñado la gran lección de la *mediocridad*. El lector medio terminó por acostumbrarse a optar por el escrito ligero frente al escrito riguroso, por el ensayo de divulgación (ameno, sencillo, informal) frente al texto científico (riguroso, complejo, formal). No cabe duda: el ensayo es el género estrella; de ningún modo el que nos ha estrellado.

De otro lado, en tanto género por excelencia del *escepticismo*, el ensayo ha tenido su parte en la propagación de esa tendencia.

Es claro que ningún tratadista ni ningún científico pueden adelantar una investigación con escepticismo. Para investigar hay que creer, y es justamente esa creencia, esa esperanza, la que sirve de motor a la investigación y la que induce a supeditarse a los cánones investigativos, con todo lo que implican en términos de paciencia, rigor y sometimiento a

los acuerdos intersubjetivos de las comunidades científicas. Para hacer un ensayo, en cambio, estamos autorizados a relajarnos mucho más. Estamos autorizados a jugar, a trocar, a poetizar, a transgredir, a manipular, a mentir. El ensayo todo nos lo perdona y a todo nos invita. Es un género simpático, y, por eso mismo, por exceso de simpatía, es también un género peligroso.

Cada época tiene el género literario que se merece. Nosotros nos merecimos el ensayo, elegimos el ensayo.

Sin duda, desde luego, hay que desear que se sigan escribiendo y que los sigamos leyendo. Tal vez fue necesario que surgieran en algún momento de la historia, y quizá fue inevitable que se propagaran del modo en que lo han hecho. Pero hemos de estar advertidos respecto de sus efectos que no por ser indirectos resultan menos nocivos. Y mucho más en un momento en que se ha hecho tan omnipresente. En efecto, el ensayo ha escapado de su otrora modesto lugar de pasatiempo y de percepción subjetiva de las cosas para convertirse en el más omnipresente de los géneros. Vivimos hoy un verdadero omniensayismo: en las revistas, en las universidades, en los coloquios.

Y no sólo eso; también asistimos a una proliferación de ensayos que reflexionan sobre los ensayos, sobre el ensayo, lo cual puede interpretarse como un síntoma del inicio de su declive. Un género que se interroga con tanta premura sobre sí mismo, sobre su constitución y sus límites, es un género que empieza a dar muestras de agonía. Formulo la inquietud ateniéndome a la afirmación de Heidegger a propósito de la poesía: “Cuando el objeto de la poesía es la propia poesía, estamos ante un evidente signo de decadencia del género” (1978: 125). Decadencia que habría empezado, según el filósofo alemán, con Hölderlin (“el poeta de los poetas”) en el siglo XIX.

Algo similar ha venido pasando con la novela desde hace algunas décadas. La novela se pregunta sobre sí misma, se parodia a sí misma, se deshace a sí misma. Después de Unamuno (quien propalaba que sus relatos largos no eran novelas, sino *nivolas*), pero en especial después de Proust, de Kafka, de Wolf, de Joyce, de Lezama, de Cortázar, ¿no estamos ante la ruptura de los códigos novelescos, y ante la muerte progresiva de la novela en tanto que tal?

Ha llegado la hora también de que nos interroguemos sobre la muerte

de su género gemelo. No digo extender un certificado de defunción sino plantear una interrogante. El ensayo tendrá que morir alguna vez porque esa parece ser la suerte histórica de todos los géneros; no sólo el de la oda y el de la epopeya.

Esa muerte tal vez se prolongue por más tiempo en una lengua como la española, dado el hecho de que a ella ingresó muy tardíamente; de hecho, se sabe que las primeras traducciones peninsulares de Montaigne se dan apenas hacia finales del siglo XIX.

¿Y cómo vamos a reemplazar este género cuando sobrevenga su declive definitivo? Nadie está en condiciones de augurarlo. El ingenio de unos, unido al genio de otros, habrá de entregarnos nuevas formas de expresión mediante las cuales seguir registrando la sempiterna perplejidad ante la existencia y ante el hecho de existir, tema recurrente de todos los ensayos y de todos los escritos que conocemos hasta hoy.

Diego Gil Parra

Bibliografía

- Barthes, Roland, *El grano de la voz*, Siglo XXI, México, 1982.
- Braunstein, Néstor, “El problema, o el falso problema, del sujeto y del objeto”, en: *Ideología y Ciencia*, Siglo XXI, México, 1979.
- Heidegger, Martin, “La esencia de la poesía”, en: *Sendas perdidas*, Lozada, Buenos Aires, 1978.
- Lacan, Jacques, *Escritos*, Siglo XXI, México, 1984.
- Montaigne, Michel de, *Ensayos*, Aguilar, Buenos Aires, 1969.
- Nietzsche, Friedrich W, *Así hablaba Zaratustra*, Alianza Editorial, 1980.
- Savater, Fernando, “El ensayista como rebelde y como doctrinario” (Copia sin datos bibliográficos).
- Vélez, Jaime Alberto, “Límites del ensayo académico”, en: *El Malpensante*, N° 15, 2001.
- Zuleta, Estanislao, “Sobre la lectura”, en: *El elogio de la dificultad y otros ensayos*, Fundación Estanislao Zuleta, Cali, 1994.

Diego Gil Parra

Nacido en Marsella, Risaralda, Colombia, en 1967. Es licenciado en literatura de la Universidad del Valle, y realizó estudios de lengua y literatura españolas en el Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid, España. Desde 1988 ha sido profesor en diversas universidades de Cali. Fue miembro fundador del Taller Literario Botella y Luna. Ha publicado cuentos, aforismos y poemas en revistas literarias nacionales e internacionales. En 1997 obtuvo el segundo lugar en el concurso de ensayos Jorge Isaacs, organizado por la gerencia cultural del Valle del Cauca y la Secretaría de Cultura y Turismo. En octubre de 2004 publicó en Cali, por la editorial “Botella y Luna”, *El homo litterarius*, volumen de aforismos sobre la escritura.

Recibido en: 21/02/06

Aprobado en: 14/03/06